

Conversación con Albert Cossery

Michel Mitrani

Índice

Introducción	7
I. Un escritor egipcio en París	11
II. Una comedia humana	23
Los hombres olvidados de Dios	27
La casa de la muerte segura	37
Los haraganes del valle fértil	45
Mendigos y orgullosos	60
La violencia y la burla	75
Una conspiración de saltimbanquis	86
Una ambición en el desierto	96
Pequeños y grandes ladrones	106
III. Un estilo de vida. El estilo de una obra	113
Obras de Albert Cossery	147
Michel Mitrani. La palabra y la imagen	149

*¡Tantas manos para transformar el mundo
y tan pocas miradas para contemplarlo!*

Julien Gracq, *Lettrines* (1967)

AL VOLVER UNA ESQUINA, uno puede encontrarse con los hijos del mundo —ya crecidos— que soñaron con venir a vivir a París.

En cualquier estación del año y como cada día, a las 14:30 el escritor egipcio Albert Cossery sale del hotel en el que vive desde hace cuarenta años, a esa hora en que ya hace tiempo que los trabajadores han vuelto al lugar de su esclavitud. Cossery no posee apartamento ni coche que atestigüen *su presencia en esta tierra*, y no se siente libre más que en su hotel.

Nacido en 1913, en El Cairo —*Al Kahira, la Victoriousa*—, Cossery se toma su tiempo. En sesenta años ha publicado siete libros que sumergen al lector en la munificencia de Oriente. Por otro lado, su obra plantea la burla como solución a algunos problemas fundamentales de la existencia. Cargado de un humor corrosivo, cada libro de Cossery significa irremediabilmente la

despedida definitiva de esa sociedad occidental que aún afila las garras asesinas de su arrogancia y su brutalidad. La visión del mundo de Albert Cossery recibe su luz de la *gaya scienza* nietzscheana. El mundo está hecho para ser contemplado. Por lo que respecta a las acciones humanas, prefiere ocupar su tiempo en develar su aspecto grotesco.

Como dice uno de sus personajes, Cossery ha hecho la *revolución por su cuenta*. Sus héroes, atravesados por una plenitud aristocrática, se le parecen. Si se reconocen entre ellos es porque pertenecen a la misma familia. Su indolente dandismo los arrastra invariablemente hacia los cafés árabes, donde la vida sin obligaciones pasa —con la ayuda de un poco de hachís— bajo la arena del tiempo.

I

Un escritor egipcio en París

MICHEL MITRANI— Albert Cossery, ¿cómo se convierte uno en un escritor egipcio en lengua francesa?

ALBERT COSSERY— Es muy simple y, al mismo tiempo, cosa del azar. El caso es que me mandaron a un colegio francés y luego al liceo. Empecé a escribir novelas a la edad de diez años, en francés. Pero en aquella época todavía no podía plantearme: ¿escribo en árabe o escribo en francés? No era un problema. Fue sobre todo por mis lecturas, libros que estaban en francés, por lo que comencé a escribir. Después continué sin darme cuenta...

M. M.— ¿Siempre ha escrito usted en francés?

A. C.— Seguí sin darme cuenta de que tenía otra lengua materna, porque estaba subyugado por la literatura francesa que leía desde que tenía diez años.

M. M.— Muchos escritores sienten el alejamiento prolongado o definitivo de su país como un exilio que agota la inspiración.

A. C.— Yo no, en ningún caso. Jamás me he sentido fuera de Egipto. Lo llevo conmigo. Y puedo incluir en un nuevo relato detalles vistos u oídos hace incluso cincuenta años. Se han quedado en mi memoria.

M. M.— ¿Cuándo decidió venir a París?

A. C.— Tenía un contrato con un editor parisino que se llamaba Charlot...

M. M.— Pero usted ya había estado antes de la guerra, ¿no?

A. C.— Sí, pero eso es otra cosa. Entonces no vine para quedarme, sino para estudiar. Aunque no estudié nada de nada.

M. M.— Y antes del comienzo de la guerra, vuelve a Egipto...

A. C.— En 1938.

M. M.— ¿Puede hablarme de la guerra vista desde El Cairo?

A. C.— El Cairo era la plataforma giratoria de la guerra, había al menos un millón de soldados o... de personas que pasaban por Egipto cada día, que atravesaban El Cairo, todo tipo de ejércitos: inglés, griego, italiano... pues la guerra pasaba en Egipto, solo que se desarrollaba en el desierto.

M. M.— Según creo, hay un acontecimiento notable que se produjo en su vida durante ese periodo...

A. C.— ¿Quiere que hablemos de mi alistamiento en la marina?

M. M.— Eso es.

A. C.— Pude dar la vuelta al mundo y ver la guerra de cerca. Pero, personalmente, jamás he tenido un fusil o un revólver en las manos. Nunca he disparado a nadie, pero a mí sí que me han disparado.

M. M.— Se arriesgaba a ser alcanzado por un torpedo alemán...

A. C.— Fue una elección... Cuando era joven, me creía invencible, no quería quedarme en El Cairo, lejos de aquella guerra. Quería verla de cerca, aunque como observador.

M. M.— De todos modos, ¡menudo momento eligió para hacer turismo!

A. C. — Pero, a esa edad, no me cabía en la cabeza que pudiera sucederme la menor desgracia.

M. M.— ¿Qué transportaban en aquel carguero?

A. C.— En principio mercancías, pero también ciento cincuenta pasajeros procedentes de todos los países invadidos por Hitler, y que yo transportaba a

los Estados Unidos. Digo «yo transportaba»... en fin, era nuestro barco, un barco egipcio, el que los transportaba...

M. M.— ¿Qué tipo de pasajeros?

A. C.— La mayor parte, sin duda, eran israelitas.

M. M.— ¿Cuál era su mayor deseo, acabada la guerra?

A. C.— Volver a París, pues entonces yo había firmado un contrato con el editor Charlot desde El Cairo.

M. M.— ¿Por qué libro?

A. C.— Por *Los hombres olvidados de Dios*, que se había publicado en Egipto, en francés, en inglés y en árabe.

M. M.— Así que se embarcó en el primer buque disponible rumbo a Francia.

A. C.— Sí. En muy malas condiciones, por otro lado, pues todavía seguía la guerra. Era 1945.

M. M.— ¿No había cierto riesgo en seguir escribiendo sobre Egipto, cuando se alejaba del país?

A. C.— ¡Pero si acabo de decírselo! Para mí, Egipto está siempre en la imaginación. Jamás he olvidado Egipto. Por eso, además, sigo siendo egipcio. No he solicitado el pasaporte francés porque quería seguir sien-

do egipcio. ¡Jamás he traicionado a mi país! No soy menos egipcio porque escriba en francés y viva en París...

M. M.— Pero ha estado cuarenta años sin volver a Egipto, ¿no?

A. C.— Treinta y cinco.

M. M.— ¿No ha sentido, durante treinta y cinco años, la necesidad de reactualizar su inspiración? Tal vez esa sea la diferencia esencial entre el escritor y el periodista que debe describir la realidad contemporánea.

A. C.— No creo que en literatura haga falta ser o no contemporáneo, pues hoy en día podemos leer sin problemas a Stendhal o Dostoievsky, a pesar de que hayan escrito en otro tiempo y otro lugar. Son eternos... Un escritor siempre escribe sobre una realidad persistente y universal.

M. M.— Creo que existía otra razón para venir a París, además de cumplir un contrato editorial...

A. C.— Sí, pero ya digo que yo no vine en busca de un editor. Por otro lado, en mi caso, no son los editores los que faltan, sino los textos. Es lo que siempre digo...

M. M.— Entonces, ¿qué hizo al llegar a París, aparte de escribir?

A. C.— Pues conocer a un montón de gente maravillosa, extraordinaria.